AÑO XX. — Nº 948.

EL DIA

MONTEVIDEO, MARZO 18 DE 1951



LA "SUBIDA AL CERRO".

(Fotografía JUAN CARUSO).

Preciso momento en el que los corredores en la prueba principal de ciclismo, "Subida al Cerro", doblan el recodo, resolviéndose la victoria a favor de Rodolfo Piotto. El desarrollo de esta prueba, organizada por el Club Atlético Cerro, tuvo un gran interés.



EL LIDO DE PUNTA DEL ESTE. — Apuntes del natural por Pierre Fossey.
De las atracciones que más llamaron la atención de los artistas cinematográficos extranjeros que concurrieron al certamen de Punta del Este, cabe destacar el VALDEFLOR, del Lido, barrio jardín situado sobre la carretera Roosevelt, que une Cantegril con la península. Es una original creación de don Ernesto Lewy, que transformó unos extensos médanos en jardín, que no tiene parecido con ningún otro. Además de una asombrosa abundancia floral, hay un cerro artificial, un lago, una isla, unos puentes rústicos de todas formas, rocas, escaleras, bancos y otros detalles que denotan un conocimiento poco común de la arquitectura paisajista. Instalado en una vasta propiedad privada, ninguna barrera indica el límite de Valdeflor, quedando prácticamente librado al uso público, y bienvenido sea el turista que de la carretera pasa a este escenario de maravillas; particularidad que ya dice bastante sobre el fino espíritu de su propietario.

Los HOMENAJES a ARTIGAS en la PUEBLA de ALBORTON



Intresante fotografía en que aparece nuestro Encargado de Negocios en Madrid, don Hermes Basualdo durante su estada en La Puebla de Alborton, rodeado por descendientes de la estirpe española de Artigas que moran en la localidad y aldeas aledañas

CUANDO en agosto de 1948, señalamos a la consideración nacional la existencia en Puebla de Albortón de la casa solar de los Artigas en España (1) —ubicada gracias a la muy clara y expresiva relación de bienes que en su testamento formula el capitán D. Juan Antonio Artigas y a las inquisiciones que sobre el particular y a nuestro requerimiento llevaron a término, con generoso espíritu, las autoridades comunales de Zaragoza y Puebla — entendí estábamos frente a un "monumento del artiguismo". Y si posteriores averiguaciones permitieron destacar que en la propia aldea pueblana residía un nutrido núcleo de vecinos vinculados a la vieja estirpe aragonesa de nuestro gran caudillo, fué posible, entonces, agregar un motivo más para fundamentar con el testimonio de su presencia y palabra los históricos valores de la antigua casona lugareña.

Desde aquel entonces, tanto las autoridades zaragozanas como los propios Artigas de La Puebla, no han dejado pasar ocasión propicia alguna sin destacar el alto significado histórico e internacional de guardar en su seno la casa solariega de un patricio de las libertades de América.

Pero fué en ocasión del centenario de la muerte del Jefe de los Orientales que se celebraron en La Puebla actos de homenaje de tal entidad que merecen se les divulgue ampliamente entre nosotros, no sólo porque ellos fueron de los de mayor jerarquía cumplidos en el exterior, sino por haber tenido como escenario la histórica casona de sus antepasados, en el propio ambiente que vió formar, a varios siglos, a los recios hombres de su linaje, entre los que vino al mundo en 1696 el fundador de la familia uruguaya de su apellido.

Los solemnes actos de rememoración celebrados en La Puebla de Albortón contaron con la presencia de nuestro Encargado de Negocios en Madrid, señor Hermes Basualdo Bustos y del Cónsul en San Sebastián, D. Antonio Garmendia; del Ministro de España en el Uruguay, don J. P. Lojendio, y eminentes personalidades peninsulares. La prensa zaragozana dió una amplia información del acontecimiento y muy en especial "El Noticiero", que los refirió con generosa extensión.

Todo cuanto se cumplió en La Puebla de Albortón fué dispuesto por iniciativa de la Diputación Provincial de Zaragoza, en colaboración con el Instituto de Cultura Hispánica y el propio ayuntamiento local.

Dió relieve al homenaje la presencia del Rector de la Universidad de Zaragoza, doctor Iñiguez; del canónigo Dr. Aina Naval, bibliotecario de la histórica catedral de Zaragoza, vinculado a la estirpe Artigas; del presidente de la Cultural Hispánica regional, Dr. Bastero; del gobernador civil de Aragón, D. Juan Junquera; del Alcalde Mayor de Zaragoza, don José María García Belenguer; del Jefe Superior de Policía de Madrid, don García-Santandreu; del director del Colegio Hispanoamericano, doctor A. Lago Carvallo, y el general gobernador militar Méndez Vigo, en representación del capitán general de Aragón.

En el frente de la casa solar de los Artigas fué descubierta por el Dr. Fernando Solano, presidente de la Diputación Provincial, una lápida de bronce que luce la siguiente inscripción:

"Aquí nació Juan Antonio Artigas, poblador de la ciudad de Montevideo, abuelo de José Gervasio Artigas, fundador de la República Oriental del Uruguay. — 23 de setiembre de 1850. 23 de setiembre de 1950".

Hornan la placa de homenaje los escudos de España y Aragón, más las "armas de la familia de Artigas".

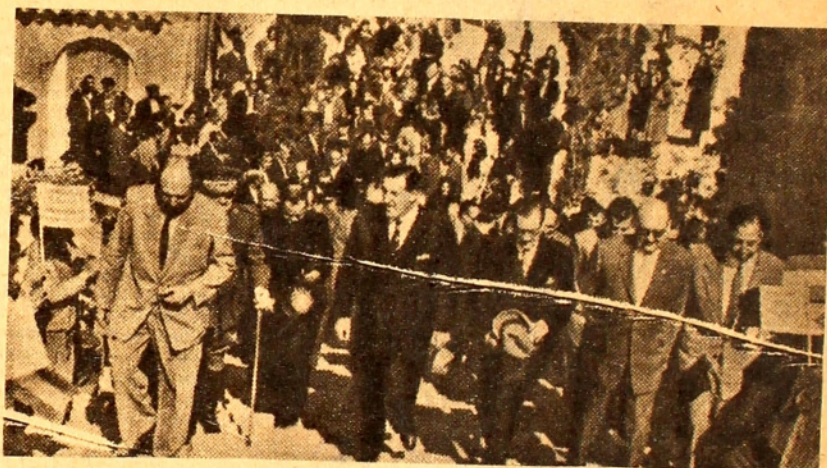
En honor del héroe oriental, fué designada con su nombre la calle que pasa frente a la casa solariega de sus antecesores. Las fotografías que ilustran esta breve noticia informativa dan, de por si, una simpática impresión de los actos celebrados, los que contaron con la presencia de todo el vecindario de La Puebla de Albortón.

Al evocar los solemnes homenajes cumplidos en La Puebla, cabe decir, por último, que ellos sellan, con timbre de excelsa jerarquía, la arqueológica autenticidad de la casa solar de los Artigas en España.

Ariosto ***FERNANDEZ.***

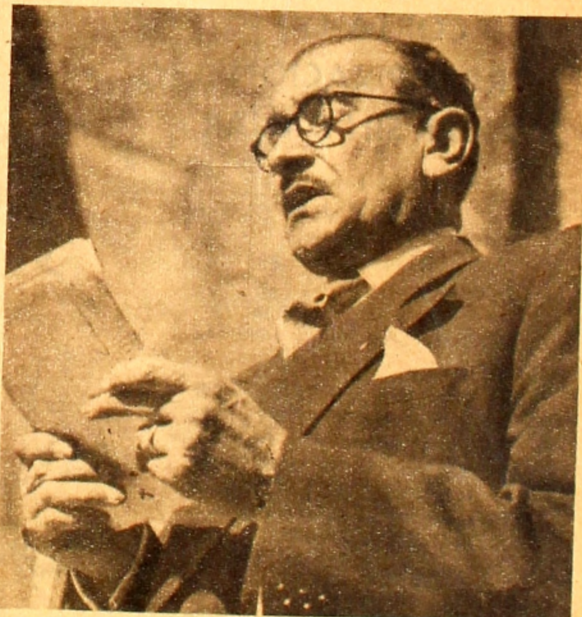
(Especial para EL DIA).

(1) "La Casa Solar de los Artigas en España". Suplemento de EL DIA. 29 de agosto de 1948.



El Encargado de Negocios del Uruguay en Madrid, don H. Basualdo; el Ministro de España en el Uruguay, don juan P. Lojendio, rodeados de las personalidades peninsulares y vecindario de la Puebla de Alborton, dirigiéndose por la calle General José Artigas hasta la casa solar donde nació el abuelo de nuestro prócer, frente a la que se celebraron actos de homenaje a su memoria en el centenario de su muerte. Los niños de la escuela local cantaron nuestro himno, y tenían en sus manos banderitas de España y del Uruguay.

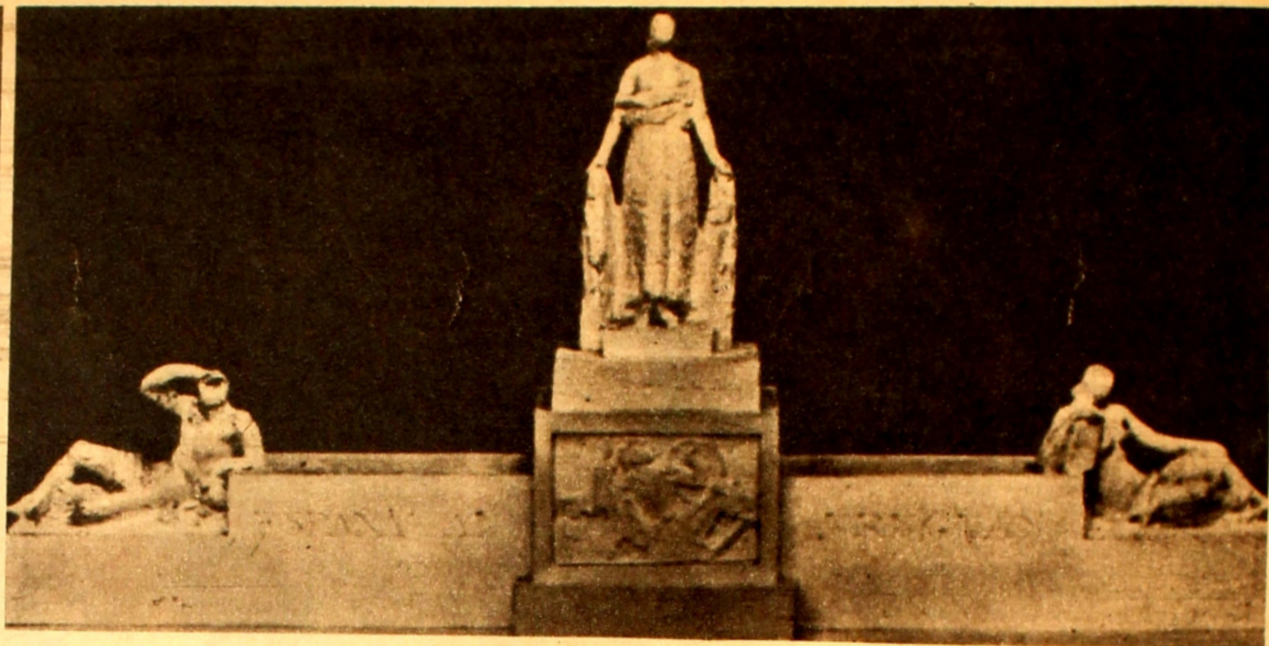




El vecindario de La Puebla ante la casa solariega de los Artigas, en el momento de descubrirse la lápida conmemorativa, rodeando a la delegación oficial del gobierno uruguyo y autoridades españolas, que concurrieron a exaltar la memoria del Jefe de los Orientales, en la aldea aragonesa cuna de su estirpe. A la derecha, el representante del Uruguay, señor Basualdo, pronunciando su discurso.



El escultor José Clará firmando el contrato



El monumento "España al Uruguay" visto de frente.

MONUMENTO ESCULTORICO AL URUGUAY

LO OFRENDARA LA COLECTIVIDAD ESPAÑOLA

EN celebración del primer Centenario de la Jura de la Constitución, resolvió la colectividad española en el Uruguay ofrendarle un monumento escultórico que, según la monografía enviada a los artistas que debían intervenir en el certamen, expresase "con la dignidad adecuada a la grandeza del pensamiento que la inspira", el recuerdo perenne y la "evocación nobilísima de España como madre de pueblos, descubridora y civilizadora de América y propagadora de cultura en este Continente, por medio de la lengua castellana".

Dificultades de todo orden se conjuraron en contra del propósito, impidiendo que fuera realizado en la fecha oportuna del Centenario: la crisis financiera con prohibición de realizar giros de dinero al exterior del país, las contiendas internacionales, la situación política interna de España, y las consecuentes restricciones derivadas de estos poderosos factores, invencibles a pesar del tesonero esfuerzo de las sucesivas comisiones formadas por españoles de pro, encargados de cumplir aquella voluntad de la colectividad.

A fuerza de voluntad las dificultades han podido ser sorteadas, y el día 31 del mes de enero pasado se firmó en Barcelona el contrato con el escultor español José Clará, cuya obra fué la elegida por el Jurado que hubo de juzgar en el año 1932 los ante-proyectos presentados. Delegados de la Municipalidad de Montevideo, escultores, arquitectos y artistas uruguayos, con los miembros delegados de la Comisión de Homenaje, dieron voto unánime a esa obra "por considerar que posee el más alto mérito artístico, y ser la que mejor se ajusta al propósito del concurso".

Es efectivamente un bello monumento realizado con simplicidad de líneas, con sobriedad en los símbolos y buena armonía de conjunto, sin énfasis pero con elevación noble y civilista: un símbolo perfecto de España, madre de patrias, sin alardes guerreros, propagadora de cultura, expresiva aspiración de una común grandeza racial. Lo forma una gran base, pedestal de la estatua de la Madre Patria, figura de mujer en la que se han acentuado los símbolos representativos de maternidad, y a sus extremos dos figuras en reposo: una mujer apoyada en un libro, significando la Cultura; otra de varón en actitud expectante, simbolizando el Descubrimiento. En la parte central un relieve representando a Don Quijote y a Sancho, que es la forma en que el artista considera mejor representado el idioma y el espíritu español; y encima del relieve, al pie de la estatua y labrado en la misma piedra, la herdáldica de España.

En la parte posterior del monumento y en lugar contiguo a la figura que simboliza la Cultura, va otro bajo relieve representando la flora y la fauna del Uruguay, signo de prosperidad; y del otro lado, en el sitio contiguo al Descubrimiento, otro bajo-relieve representando una carabela, expresión del medio utilizado para el descubrimiento. Las estatuas laterales y el relieve de Don Quijote y Sancho, serán ejecutados en bronce; la estatua de la Madre Patria, en mármol; las dedicatorias "España al Uruguay" grabadas directamente en el granito, y la leyenda del homenaje de la colectividad, en lápida de mármol.

Un bello monumento, en suma, que requerirá el ámbito de un amplio espacio, tal vez vecino al Río de la Plata, en la espléndida Rambla Sur, punto de arranque de la ciudad antiguo, con el clima evocador adecuado, contiguo al monumento a Zabala, al Cabildo, a la Matriz, al Templo Inglés, en esa zona que lleva en sí todos los significados anteriores a la Jura de la Constitución y a la Independencia, que se van rememorando en la nomenclatura de las plazas y calles, y culminando en las estatuas a nuestros próceres, y en los símbolos de nuestra emancipación.

José Clara, que es el escultor que rea-



Relieve en el basamento, debajo de la estatua central, representando a Don Quijote y Sancho Panza.



Boceto del monumento: la figura central representando la Madre Patria.



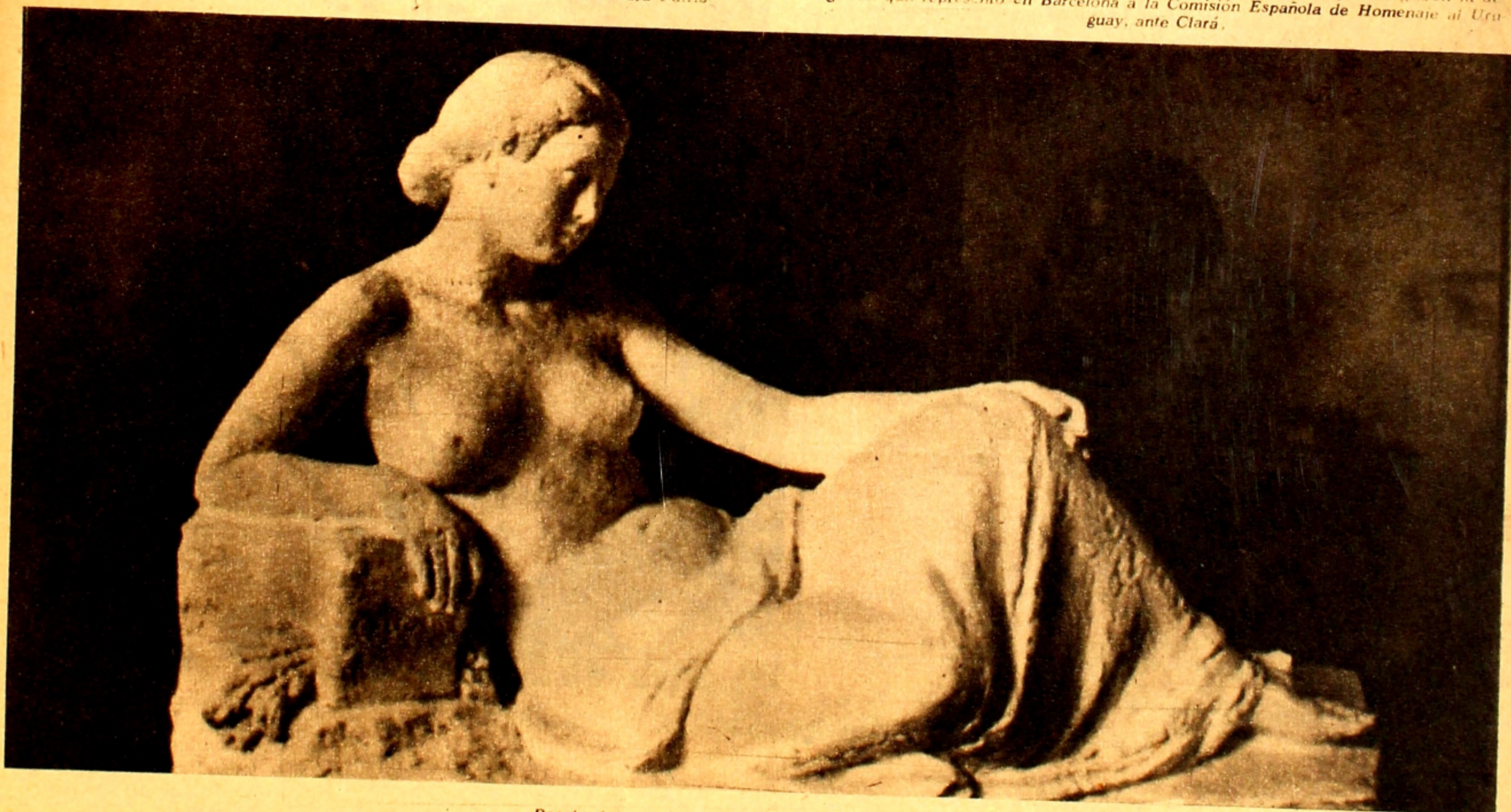
Boceto del monumento: la figura simbolizando el Descubrimiento.

lizará la obra con el arquitecto Puig Gairalt, es un artista español de bien ganado prestigio internacional por la significación de su obra de la que hay muestras en museos y jardines de muchas ciudades europeas y americanas. Premiado sucesivamente en certámenes mundiales, ha obtenido señaladas distinciones, como la del obsequio al Presidente Wilson por la ciudad de París, en 1918, con un escudo de bronce alegorizando "La Fuerza al servicio del Derecho", obra de Clará; la adquisición por el Museo de Santiago de Chile de su escultura "Crepúsculo", considerada como una de las más admirables obras de este artista; con la erección de otra escultura "Serenidad", en el Meridian Park, de Wáshington.

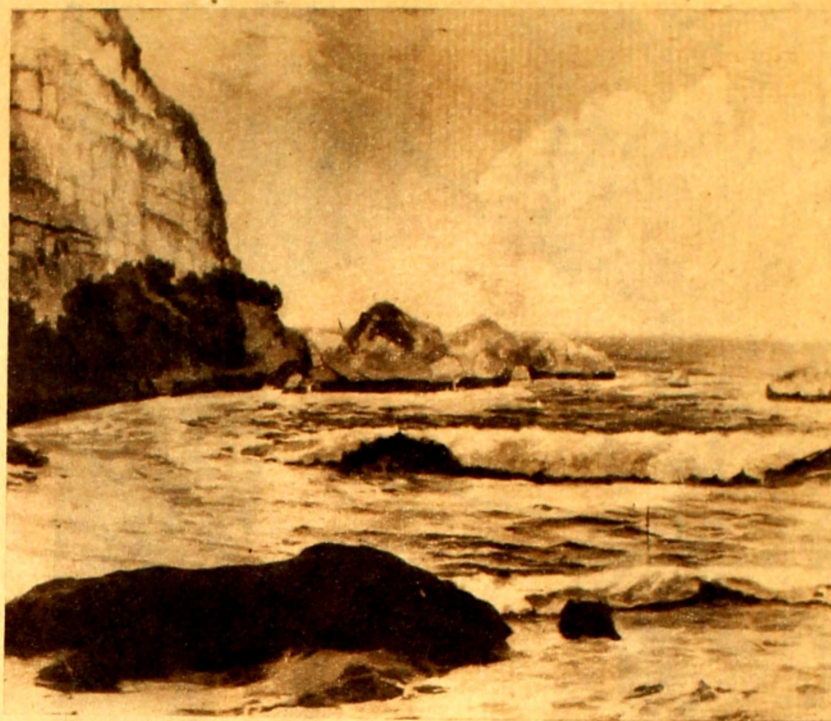
La Comisión Española de Homenaje al Uruguay ha aprovechado esta feliz oportunidad de dar por iniciada la construcción del monumento, para editar un fascículo en el que historia todo el largo proceso de elaboración, de obstáculos vencidos, de reiterado empeño en cumplir el tributo de agradecimiento dictado por la colectividad al Uruguay, sentimientos que "nacen en el alma y en el corazón de los españoles que residimos en esta nación hospitalaria". "En ella formamos nuestros hogares — terminan diciendo —en ella desarrollamos nuestras actividades y en ella vivimos la vida en compañía de los hijos y nietos que constituyen el tesoro preciado de nuestra descendencia que perdurará vinculada y unida a nuestra ascendencia por la herencia sanguinea, espiritual y física que nosotros les hemos legado". — A.



José Clará, primero de la izquierda, con los señores Taltavullo, Previtali y Braso Villaret, de la representación consular del Uruguay en España, que integraron la delegación que representó en Barcelona a la Comisión Española de Homenaje al Uruguay, ante Clará.



Boceto del monumento: la figura simbolizando la Cultura.



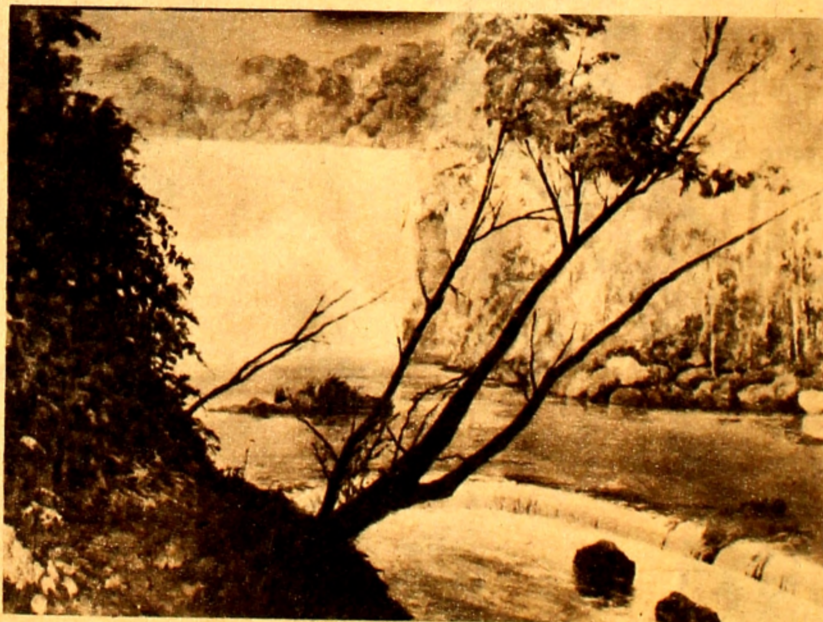
Playitas, y el sacrificio del Apóstol.

ITINERARIO DE CUBA

EL paisaje cubano es un imán para los pintores. Captar el armonioso juego de su policromía es un goce de los sentidos. La naturaleza se ha complacido en este trazado insular. No le bastó con la caprichosa formología de la isla — un arado



Y el inimitable pianisimo del río



Salto del Hababanilla. Una turquesa rota en música.

para unos; un caimán, para otros — y se extremó en dertamar sobre ella su cornucopia de colores. Mar y montaña, valle y llanura, cielo que anda en los caminos de los ríos, y cielo que se queda en el río azul de arriba... Mucho de pintor escondería Colón bajo el uniforme de Almirante cuando dijo aquello de la tierra más hermosa.

Para un artista, Cuba ofrece admirables perspectivas. Oir su voz telúrica y traducirla al verbo del color es tarea de amplias resonancias. La mirada apresa un motivo campesino y la mano lleva al lienzo diversas variaciones sobre un tema de luz. Insuflar en la tela el hechizo de lo circundante es la obra de quienes estén signados por un toque de gracia. Enrique Crucet es, por derecho propio, de los que saben trasladar el paisaje al reducido marco de un cuadro.

Su visión de nuestro agro es real, sin absurdas zarabandas de matices ni reediciones de mundos informes. Ve el exterior en su diáfana desnudez estética. Para copiarlo, no necesita más que mojar sus pinceles en la paleta de lo que le rodea. Y la obra queda ahí, en tiempo y espacio, como si se hubiera abierto una ventana. Por eso el elogio corea sus exposiciones.

Acabamos de asistir a la última. Ha tenido efecto en el Salón de los Pasos Perdidos, en el Capitolio Nacional. Para celebrar dos fechas de la patria — el 28 de enero, natalicio de Martí; el 24 de febrero, comienzo de la Guerra de Independencia — el palacio legislativo ha abierto sus puertas a los lienzos de tan destacado pintor.

Los cuadros expuestos corresponden a lugares señalados por la Historia, puntos en la ruta de Martí y Máximo Gómez desde su desembarco en Playitas, provincia de Oriente, hasta el fatídico 19 de mayo; y de la marcha del General Maceo con su contingente invasor a lo largo de toda la isla. Aparte de su valor artístico, la exposición contiene un alto sentido patriótico.

Para la realización de esos cuadros, el pintor estuvo incorporado a las fuerzas militares que en meses recientes hicieron la reproducción de dichas rutas. Con ellas recorrió el territorio nacional. Lo hizo amorosamente, henchido de énfasis históricos y de raigales devociones vernáculas. Unas veces sobre el propio terreno del hecho épico, otras veces sobre esbozos tomados rápidamente al paso de las cabalgaduras, se embriagó en la sinfonía de color que exhala toda la isla. Al regresar a su estudio, había apresado en su avidez estética los más bellos guiones de su lectura rural.

Al visitar la exposición de Crucet hemos sentido un legítimo goce. Y hemos observado a muchos concurrentes detenerse ante las felices interpretaciones. La presencia heroica vibra en los claroscuros. Se ve a Martí, sin verlo, en el pequeño arenal de Playitas, dispuesto a subir el farallón que cierra el horizonte. Ahora el mar renueva cada minuto su cantinela cósmica; pero hubo una noche marcada por el destino. Una noche de mar fuerte, de luna tímida, de nubes encrespadas... Una noche vencida por el coraje de seis hombres que, en un mísero bote, arribaron a la patria para rubricar con su sangre el propósito libertador. Así miramos ese cuadro — Playitas — que recoge en vívidos trazos un sitio caro al corazón cubano.

Allá atrae nuestra mirada un detalle de los mangos de Baraguá. Dos veces la Historia se detuvo en ellos. En 1878, ya en las postrimerías de la Guerra Grande, cuando Antonio Maceo se superó a si mismo negándose a aceptar el pacto que puso término a la contienda. En 1895 — tras diecisiete años de desesperada espera — cuando el propio Maceo arrancó de allí con sus tropas invasoras para recorrer triunfalmente toda la isla. Recordamos las palabras de Máximo Gómez al divisar los dos famosos árboles: "Es Baraguá. Son los mangos, aquellos dos troncos con una sola copa donde Martínez Campos conferenció con Maceo. Aquí los llanos de la protesta".

Y, con el alma llena de luces y fragores, de matices y fragancias, paladeamos la espléndida galería. Por acá, cumbres donde se siente a plenitud aquella frase de José Martí en su último haz de páginas: "Subir lomas hermana hombres". Por allá, precipicios donde la memoria repite el asombro del Generalísimo: "Nos admiramos los viejos guerreros acostumbrados a estas rudezas de la resistencia de Martí, que nos acompaña sin flojeras de ninguna especie por estas escarpadísimas montañas". Por aquella esquina, el encanto de un valle idílico donde la luz juega al escondite. Acullá, el mar se rompe en festones de alabastro. Más allá, el río que se deshoja en un inimitable pianíssimo.

Así recorremos la exposición de Enrique Crucet. Su autor, habanero, ha vivido una fecunda trayectoria artística. Ha viajado por distintos paises americanos y europeos.



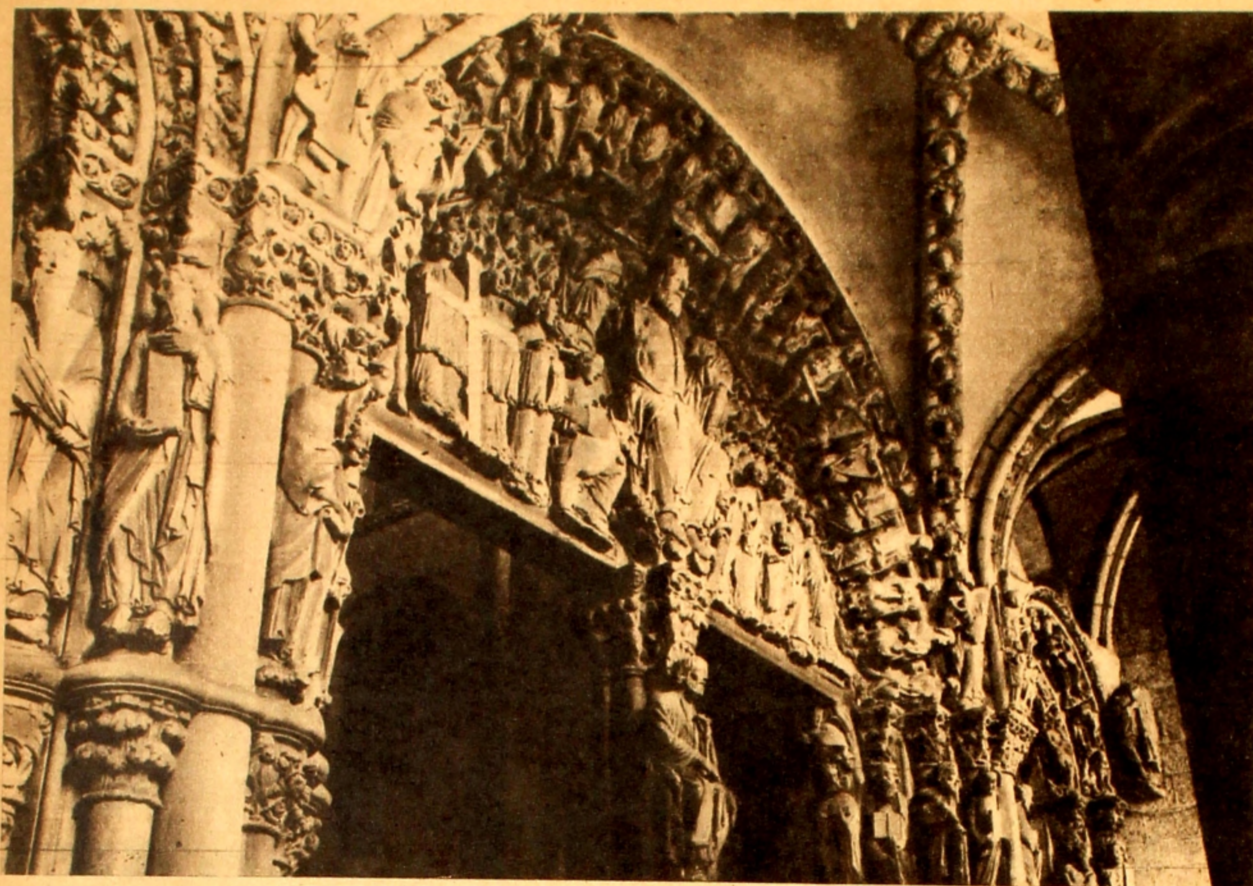
Sobre la tierra madre. Sembrar es reafirmar.

Ha obtenido apreciables galardones internacionales. Ha expuesto en París, en Roma, en Madrid, en Nueva York. Ahora ha querido recoger con mano maestra lugares acuñados por el recuerdo. La pintura nos ha envuelto en una ola de historia. La historia nos ha enjoyado con las más delicadas tonalidades. Ala y tierra, velamen y camino. El espíritu se renueva en el baptisterio del arte.

Andrés de PIEDRA - BUENO.
La Habana, Marzo 1951.
(Especial para EL DIA).



Baragua, y los mangos otrora florecidos.



La primera visión del peregrino al llegar al templo compostelano: el Pórtico de la Gloria, obra cumbre del Camino de Santiago

DEL TURISMO EN LA EDAD MEDIA

El hombre es, según creo, por naturaleza, un animal trashumante. La civilización lo ha obligado, con frecuencia, a echar el ancla, pero, en el fondo, siempre siente la añoranza del vagabundo. Las circunstancias económicas le permiten, a veces, hoy como ayer, vivir de acuerdo con ese interior impulso errante; pero casi siempre se lo impiden. Los más de los quehaceres de la vida moderna obligan a asentarse. Y cuando uno no puede moverse habitualmente en razón de su oficio, tratará de hacerlo de cuando en cuando para compensar su innatural sedentarismo. Y buscará una justificación: la salud corporal, el arte, la religión. Pero estas cosas, por muy en serio que las tome, no serán, vitalmente, sino pretextos. En el fondo, lo que le acucia es lo otro, el viejo instinto agazapado que le hace sentir anhelo de otros horizontes y como cosquillas en las plantas de los pies.



El traje de turista medieval, según una escultura del siglo XV.

Los primitivos pueblos pastores solían trasladarse constantemente de unas a otras regiones en procura de pastos. Y así, buscando mejores tierras de apacentamiento, se produjeron lentas e ingentes migraciones de pueblos. Pero en otros casos —etapa quizá más avanzada, en la que apunta un cierto sedentarismo — el movimiento no sigue una constante dirección sino que es de vaivén, oscilante. El grupo se muda a un lugar en determinada estación del año y retorna al anterior asiento en otra estación, como las aves emigrantes. Ascienden a las tierras altas en el estío — más frescas, con los tiernos, jugosos pastos del deshielo — y bajan a los valles a invernar. Muchos pueblos del Asia y aún algunos de Europa siguen practicando este animado, reiterado ir y venir.

Resto civilizado de esta vieja norma de vida es el hábito del veraneo. El motivo económico ha desaparecido pero el impulso atávico perdura bajo distintas apariencias. Y la conveniencia, casi diría necesidad, de veranear, para la salud y equilibrio del organismo, radica más, a mi ver, en esas razones sociológicas y biológicas profundas que en las que puedan dar — valederas también — médicos e higienistas. Al acercarse la buena estación, el hombre de ciudad siente el afán de largarse al campo, a la playa y aún a otra ciudad, quizá más populosa que la propia. Tan no es el aire puro o el sol y el mar el determinante esencial en estos cambios de morada, que, en algunos países, acontece que los habitantes de los pueblos de la costa o del interior vayan a veranear a las capitales.

Es un error creer que el hombre de antaño viajaba menos que el actual. El hombre medieval, en mi opinión, se movía tanto o más que nosotros. La proporción de gentes que hacían viajes, en una ciudad de la Edad Media, era quizá más alta que en una urbe moderna. Los mercaderes estaban en continuo movimiento y a veces se arriesgaban por lejanas e incógnitas tierras. No era fácil cerrar tratos de comercio a distancia, los correos eran precarios; había que ir personalmente a comprar la pimienta o la seda, la lana o las pieles, el ámbar o las alfombras. Los estudiosos, por su parte, sólo podían ilustrarse asistiendo en persona a las lecciones de los maestros, y si querían conocer las más adelantadas doctrinas tenían que ponerse en camino de París, Salamanca, Bolonia. Los libros eran pocos y caros; la fuente principal de la enseñanza era la comunicación verbal, el magisterio directo. Los escolares tenían que andar danzando de un lugar para otro, como hoy no suele hacerse, trashumantes a la busca de los mejores pastos de sabiduría y de más ancho espacio, para la aventura. Recuérdese aquel escolar español autor de la "Razón de amor", constante amador de dueñas, que "ovo crianza en Alemania y en Francia" y que, además, había morado mucho en Lombardía.

Y no eran sólo los comerciantes y escolares. También los pintores e imagineros y los artesanos de todos los oficios solían viajar. En los años de juventud marchaban a avezarse en su arte en talleres de otras ciudades y países antes de abrir el propio y afincarse en un lugar, distinto a veces del de su nacimiento: en Francia para lograr el diploma de maestría en algún gremio era menester haber hecho la vuelta del país. Y a los artesanos hay que agregar los militares, que iban a tierra extraña como invasores o mercenarios. Y, desde luego, los navegantes cuya ocupación ha sido siempre el moverse sin tregua.

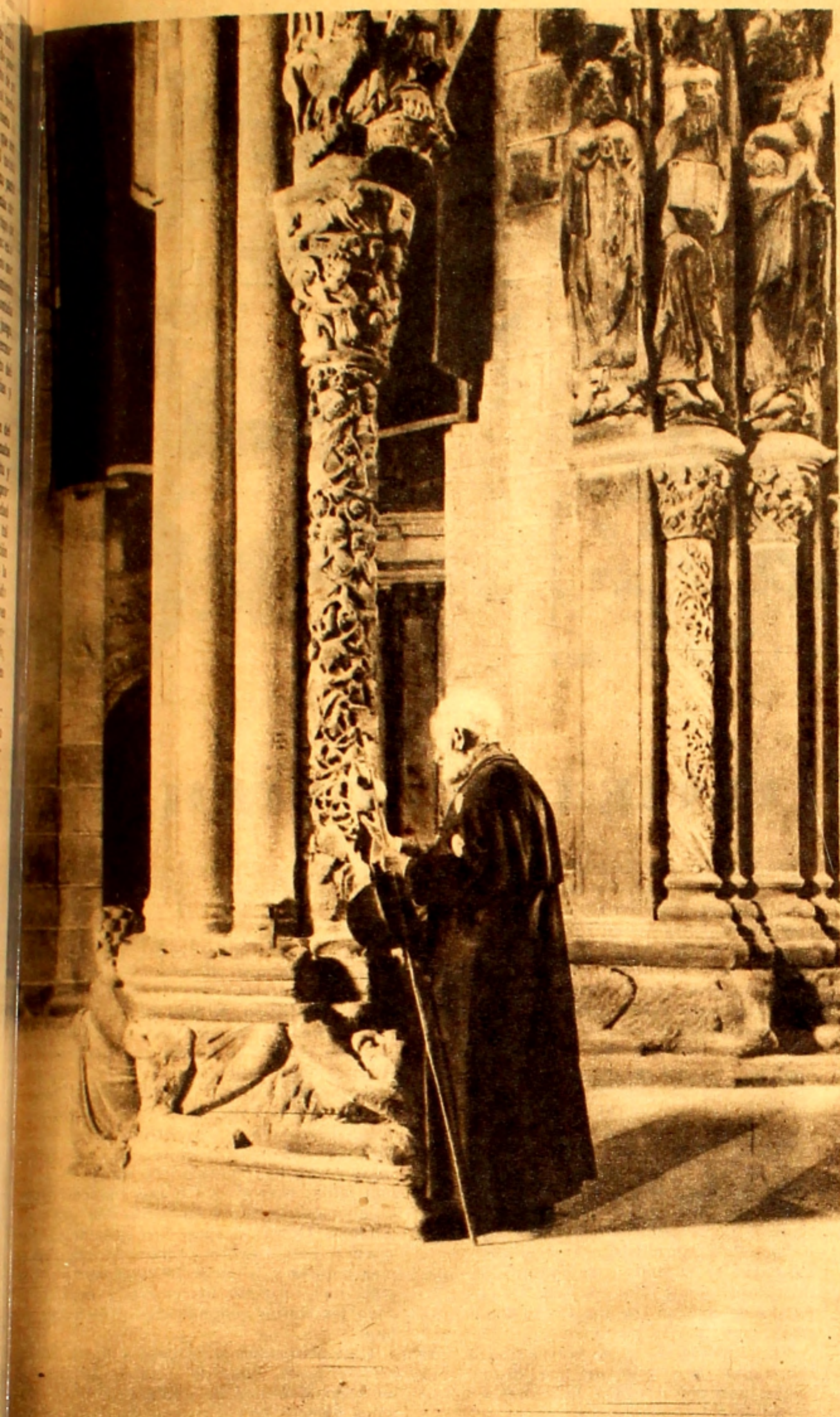
Pero amén de estos viajes que al hombre de la Edad Media imponía la necesidad de su vivir — y en los que, si encontraba gusto, no era éste el factor decisivo — otros había en que lo económico o profesional no contaba y que tan sólo cumplía por gozo y recreación. Es aquí donde podemos hallar lo que al turismo de hoy más se asemeja. Turismo es, me parece, ir a otros lugares con fin desinteresado y pasajeramente. Claro que, dicho así, queda un poco rígido el concepto y hay que ablandar los términos. Los del desinterés debe entenderse respecto a lo práctico o de ganancia, siquiera sea de índole intelectual como el estudio. Y lo de pasajero concierne más bien al propósito de no quedarse en el país extraño que al hecho real de seguir a la postre allí, hasta la muerte incluso, pues hay personas que son turistas perpetuos en un lugar. El turista puro sería aquél que fuera a alguna parte por breve espacio de tiempo y sin más objeto que el de moverse y ver. Este tipo de turista existió en la Edad Media como existe hoy. Pero, de ordinario, algún otro motivo justifica su viaje: el fortalecimiento físico, en la playa con sol o en la montaña con nieve, la delectable congoja del juego, la esperanza de curación en aguas termales o santuarios milagreros, el conforto del ánimo, y aún del cuerpo, en romerías y peregrinajes.

Era esta última la forma más común del turismo medieval. El afán viajero tomaba la apariencia más acomodada al espíritu y ambiente de la época. Para cumplir promesas o pedir gracias, gentes de toda edad y condición poníanse en camino hacia tal o cual santuario, centro de peregrinación próximo o distante, renombrado en toda la cristiandad o, por el contrario, conocido sólo en el país o en la comarca. Los tres máximos centros de aquel turismo religioso eran Jerusalén, Roma y Compostela, emplazados en el oriente, en el medio y en el occidente del mundo cristiano.

Hacia esas tres ciudades se encaminaban sin tregua los peregrinos, solos o en grupo, a pie, a caballo o en carreta; algunos iban por mar. Llevaban aquellos peregrinos un atuendo singular y ciertamente práctico. Vestían esclavina, que era un ropón amplio, de lana burda sin teñir, con una especie de mangas anchas y cortas y capuchón. La cabeza se la cubrían con un sombrero de ancha ala; y para apoyarse en la marcha se servían de un báculo o bordón, en cuyo extremo superior solía ir atada la calabaza vinatera para la provisión de agua o más bien, si hemos de creer al Arcipreste de Hita, del vino, pues según el cazurro castellano, sin esa ayuda no andarían romeros por el mundo. Calzaban no los zapatos puntiagudos y largos que se usaron en los últimos siglos de la Edad, sino redondos y sobresolados, cómodos y recios para la caminata. Y un pequeño zurrón, colgado a la bandolera, les servía para guardar alimentos y otras cosas. En el sombrero, la esclavina o el bordón ostentaba el romero los recuerdos y distintivos de su romería: la palma de Jerusalén, la concha marina de Compostela, medallas y pequeñas imágenes de bronce o azabache.

A las veces, el turista medieval emprendía su aventura sin blanca. Manteníase de la limosna, de la ayuda en comida y albergue que pudiera encontrar en monasterios o casas particulares. Pero en otros casos llevaba consigo dineros u objetos de valor como aquel "palmero" del romance peregrino a Tierra Santa, que salió de Mé-





El peregrino en la catedral.



Y al final, la soñada Compostela.

rida con una esclavina rota "que no valía un real" y debajo otra que bien valía una ciudad. Y aún viajaba con séquito y aparato, cuando era persona principal, o con alguna custodia y armas, como aquel desaforado noble polaco Nicolás de Popielovo, varón de hercúleas fuerzas, que hizo la peregrinación de Compostela en carro, en el que, atravesada de largo a largo, reposaba su lanza descomunal, que sólo él era capaz de manejar, y al que seguía su caballo de guerra. Pues los peligros e incomodidades a que debían hacer frente los romeros no eran escasos ni de poca monta. A la fatiga de la marcha, las inclemencias del tiempo, la aspereza de los caminos, la dificultad de conseguir alimentos y la frecuencia con que tenían que dormir al sereno, se agregaban los salteadores que los atacaban y despojaban en los descampados. Para protegerlos y darles ayuda en su jornada se fundaron algunas órdenes militares, que levantaban hospederías en distintos puntos de la ruta y que patrullaban los caminos contra el bandidaje.

Mucho fué lo que se hizo, habida cuenta de las circunstancias de la época, para facilitar y promover aquel turismo. Los beneficios culturales y económicos que acarreó fueron grandes. Favoreció e incrementó el intercambio de ideas, gustos, costumbres y artes, y contribuyó al mutuo conocimiento de pueblos alejados. Peregrinaciones y romerías constituían, además, uno de los principales motivos de expansión y regocijo en el vivir medieval. Cierto que también al socaire de ellas medraba la gallofa y hacía su agosto el pícaro, y daban propicia ocasión a toda clase de juegos y negocios de amor. En las postrimerías medioevales, las peregrinaciones aparecen tratadas frecuentemente en la literatura como viajes de placer, lo que marcaba una tendencia a la secularización que las acerca al turismo actual. En las romerías a santuarios cercanos era donde solían darse cita los amantes: la poesía de la época repite a menudo este motivo. Algunos austeros moralistas, como Kempis, censuran con dureza la peregrinación, porque fomentaban la disipación y mundanalidad.

Arte escultórico al borde del "Camino de la peregrinación. Fragmento de la portada de la iglesia de Aulnay-de-Saintonge: la Generosidad, armada de casco y escudo, aplasta bajo sus pies a la Avaricia.

Famosa y fecunda en frutos de cultura fué la ruta terrestre que llevaba al santuario de Compostela, el "Camino de Santiago". Los peregrinos jacobeos que procedentes de todos los rincones de la cristiandad, llegaban a Franciá, y los propios franceses. seguían diversas vías hasta los Pirineos, todas ellas flanquedas de monumentos y recuerdos religiosos. La más famosa era la turonense, por Oreláns, Tours, Burdeos, hasta Roncesvalles. Franqueados los Pirineos, todas las rutas confluían en una sola, como regatos que forman un río. Y era bien un río de gente aquel "camino francés" en que bullían — como en su paralelo celeste las estrellas de la Vía Láctea — multitudes de todas las razas y tierras: blondos escandinavos y tostados armenios, eslavos, germanos, latinos, personas de toda condición y menester, nobles y villanos, devotos y granujas, artesanos y tahures, juglares ocurrentes que cantaban sus canciones al son de la vihuela o la zanfona, rameras, escolares y clérigos vagantes, los célebres goliardos, cortejadores de las rollizas mozas de las hospederías, bebedores y autores de coplas en aquel colorido latín macarrónico, picante jerga escolástica:

Tales versus facio quale vinum bibo.

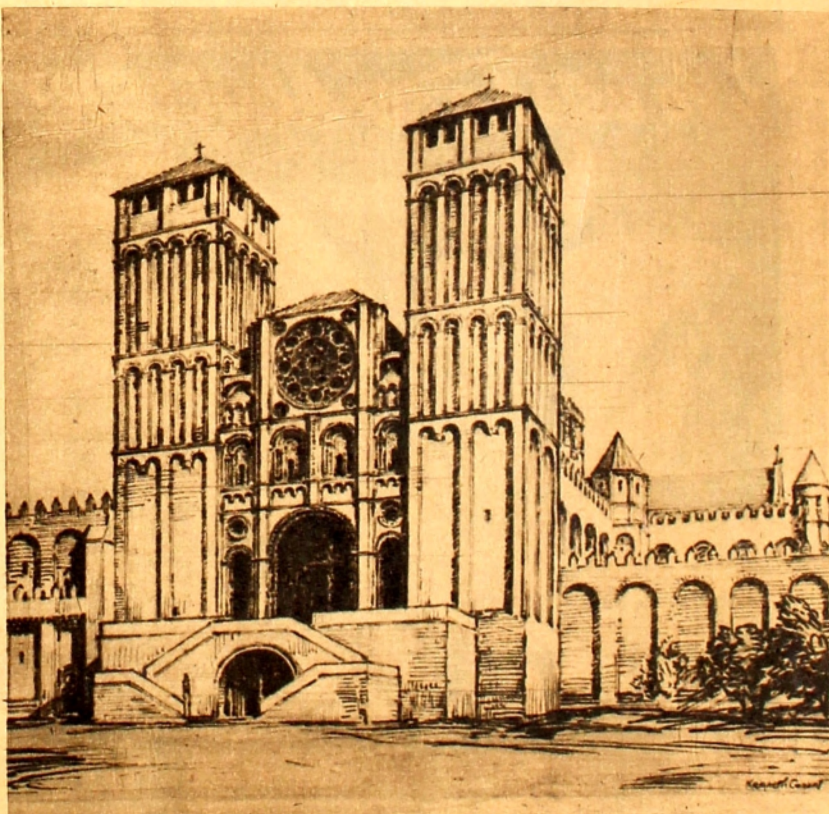
Esa vida bulliciosa hizo florecer al borde de los caminos de la peregrinación todo un arte espléndido, lleno de brío y sabrosa sustancia, arquitectónico y escultórico sobre todo, una literatura lozana, épica y lírica, amorosa y de burlas, en varios idiomas. En tierra española, el Camino de Santiago cruzaba por el norte de la península, hacia occidente, por Pamplona, Burgos, Carrión, León, Astorga. Y, al final, la soñada Compostela, con su catedral romántica y su prodigioso Pórtico de la Gloria. Esta parte del camino era custodiada por los caballeros de la orden de Santiago, que prestaban amparo a los romeros. El "Camino francés", quizá antigua calzada romana, estaba empedrado y se le mantenía en buen estado con frecuentes reparaciones y mejoras: algún varón piadoso llegó a santo con trabajar personalmente en esta suerte de obras, Santo Domingo de la Calzada.

El viajero a Compostela podía informarse de los pormenores de la jornada en un libro precioso, a modo de elucidario o guía de la peregrinación, el "Libro de Santiago", que era como un Baedeker o Guía Azul del siglo XII. En este libro llegado hasta nosotros, se recoge cuanto puede interesar al turista peregrino, así para su información religiosa e histórica como para la mayor comodidad en el viaje; se le ilustra sobre las mejores rutas y las características de las regiones porque debe pasar y se le proporciona otros muchos consejos prácticos. Señala, por ejemplo, que el agua de tal o cual río o fuente es dañina y buena en cambio la de tal otro. Dice que en la tierra de Burdeos hay un vino excelente (¡ya entonces!) y abunda el pescado, pero que el habla de lá gente es muy áspera. Y aconseja que al cruzar por las landas de Gascuña se tapen el rostro para evitar las picaduras de las avispas y que se camine de prisa para no enterrarse en la arena. Pinta a su modo el carácter de gascones, vascos y navarros castellanos y gallegos y su manera de vestir y costumbres, y hasta da una lista de palabras éuscaras. El "Libro de Santiago" contiene además, naturalmete, una cabal descripción — valiosísima para el arqueólogo — de la medieval Compostela. Vemos llenas sus calles de muchedumbres romeras, que acuden al templo del apóstol, que cambian los harapos del camino por las nuevas vestiduras que les da el cabildo. En una plaza, ante las puertas del templo, los cambiadores truecan monedas de todos los países. En una calle los azabacheros ofrecen sus negras y brillantes piezas — figurillas del santo, conchas, rosarios — a los turistas que las llevarán de vuelta a su país como recuerdo de viaje. En otro lugar se oye el repiqueteo de los plateros que cincelan o repujan. Bajo las bóvedas del santuario, la plebe peregrina ora, habla, come, duerme y gesticula. El lugar está lleno de un vaho espeso, maloliente que las albas nubes perfumadas del Botafumeiro no logran vencer...

Y así durante siglos. Las gentes iban y venían, sin cesar, derrochando vitalidad. Hoy, bajo otro signo, pervive el viejo hábito. Lo de menos es el motivo, ayer peregrinación y hoy turismo. Lo que bajo una u otra vestidura se encubre es, en esencia, idéntico: vida humana, compleja, intensa, buena y mala; esparcimiento, amor, juego, lucro, espiritualidad, egoísmo. Cambian los pretextos y las condiciones del viaje —comodidades, rapidez—. Lo que no cambia, es la sustancia del vivir, ni —sobre todo— el afán viajero.

Luis TOBIO.

(Especial para EL DIA).



La catedral de Compostela tal como era en la Edad Media (Reconstrucción de Keneth J. Conant).



Santiago de Atitlan. Calle típica y nativas en su traje característico.



Nativa vendedora de maíz

VIAJE POR GUATEMALA

VIAJANDO por la incomparable Guatemala, creemos vivir un bello sueño, sintiéndonos de improviso transportados a la romántica y tranquila época colonial. Por más países que conozcamos, la impresión que se siente al llegar ahí, es siempre distinta y encantadora.

Ya al salir del aerodromo, tomando la carretera que va a la ciudad, bordeada de flores de vivos colores, nos cruzamos con cantidad de indias vestidas con preciosos trajes. Caminan rápido, erguidas, llevando sobre la cabeza enormes canastos repletos de frutas y verduras tropicales. Llama poderosamente la atención el colorido singular de sus ropas, que ellas mismas tejen con gran maestría.

Con un largo trozo de género llamado "corte", envuelven sus caderas, y las blusas o "huipiles" hermosísimas y profusamente bordadas, se sujetan a la cintura con fajas de colores vivos. Un gran chal a la espalda, donde colocan los niños o cualquier otra carga, completa su vestimenta.

Es tal la variedad de trajes típicos, que recorriendo dos pueblos que distan sólo media hora uno del otro, los cortes y huipiles difieren totalmente.

La nota pintoresca la dan las indiecitas con los trajes típicos de Copan, San Antonio, Sololá, etc., y usan unas alhajas de plata originalísimas. Son tan eficientes, suaves y honestas, que contribuyen a dejarnos una impresión más agradable aún de su tierra. A cinco horas de la capital y tomando una hermosa carretera que atraviesa colinas y valles cubiertos de maizales, se encuentra el lago Atitlán. El camino serpentea entre vegetación tropical, donde hay innumerables arbustos cubiertos de flores desconocidas para nosotros.

Pequeñas flores entre las rocas, enormes ramos floridos debajo del bosque, un derroche de luz, color, sol y belleza bajo un cielo siempre azul, puesto que durante los meses de invierno jamás llueve.

Al llegar al lago, encontramos dos h... les a cual más bonito, construídos al b... mismo de esas aguas azules, tibias y t... parentes, rodeadas de inmensos volcanes... frente se recortan las siluetas de tres... ellos: el Atlitlán, el San Lucas Coloma... el San Pedro, con sus laderas cubiertas... bosques. Al pie se encuentran pueblitos... dígenas encantadores, con calles ango... que mueren en las orillas del lago. Tom... do una lancha llegamos a uno de estos p... blos, llamado Santiago Atitlán. De rodi... al borde del lago, lavando sus ropas so... las piedras, hay cantidad de indias vesti... con faldas rojo vivo y blusas blancas. Ot... enjabonan sus hijos en medio de gran ... garabía. Detrás, trepan las callejuelas ... pueblo, enteramente construído con en... mes piedras volcánicas de color oscuro. C... ellas han formado los cercos y han fab... cado las chozas redondeadas y techadas ... paja.

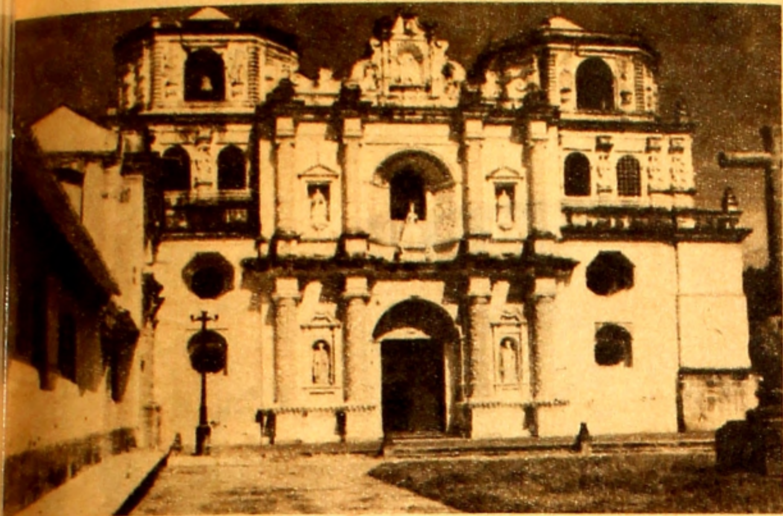
Desembarcamos y trepamos hasta alca... zar la plaza, ocupada totalmente por ... mercado. Cantidad de indios, usando pant... lones blancos bordados con brillantes páj... ros multicolores y camisas azules, ofrece... un fuerte contraste con las oscuras choza... En este pueblo los indígenas no hablan es... pañol, así que para comprarles algo hay qu... explicarse por señas.

En el mercado, montones de aguacates... plátanos de todo color y tamaño, fríjoles... chile y un sin fin de verduras y frutas tropicales cubren el piso, donde se sientan los indígenas a vender su mercadería. Todo es tan natural, diferente de otros países, donde sólo se desea impresionar al turista!

Los indios guatemaltecos son muy trabajadores e industriosos. Además, los distintos climas que varían de las fajas de tierra tropical hasta las elevadas planicies de in-



Lago de Atitlan con el volcán San Pedro.



Catedral La Merced, de Antigua.



Arco de Santa Catalina.

eible fertilidad, les permiten obtener to- lo necesario para su subsistencia, ven- endo lo que les sobra en el mercado.

El más famoso de los mercados es el de hichicastenango, que reune en un pueblo uy pintoresco los productores de una ex- nsa región. Horas antes de empezar la fe- a, por los caminos que llegan al pueblo, emos indios cargados en forma casi sobre- umana con cacharros, mesas, tejidos, etc. odo ese peso lo sostiene una lonja de cue- apoyada en la frente. En el mercado, los ldos cobijan toda clase de cosas extraor- inaries. Panes de azúcar morena, bolas os- uras de jabón casero, montones de incien- , paquetes de chauchas y toda clase de erduras, frutas, cacharros, collares, utensi- os y originales trajes hilados a mano de tensos colores. Luego, inmensos fogones e piedra, donde guisan carne de iguana humada, puerco o chivo, mezclada con bundante chile, así como las tortas de maíz y los tamales. Más allá, refrescos de mil colores, rodajas de piña y un pequeño mercado de carne.

Encaramados en un alto mástil, dos indígenas se sujetan a dos cuerdas que giran a gran velocidad. En esta plaza se encuentran dos iglesias coloniales, una más pequeña llamada "El Calvario" y en la cual pueden practicar cuanto rito deseen, y otra del más puro estilo colonial y maravillosos retablos de caoba. Esta última tiene, en lugar de bancos, tres filas de cirios colocados en el suelo, a lo largo de la nave central. Ahí se hincan ellos a orar, luego de haberse purificado según sus creencias, quemando incienso antes de entrar. Frente a esas velas hablan solos, ríen y lloran, contando sus penas a ese dios que ellos reverencian junto con sus dioses paganos. Cuando baja el sol y los indios vestidos con extraños trajes negros, balancean los incensarios humeantes en la escalera blanca de la iglesia, le parece a uno estar presenciando algo que no es de este mundo.

Hay en Chichicastenango un hotel maravilloso llamado "La Posada Maya". Ha sido amueblado con camas, puertas, ventanas y estatuas tan antiguas y bonitas que son obras de arte de gran valor.

En lugar de mesas de luz, hay enormes tambores mayas que hacen juego con las frazadas, cortinas y alfombras tejidas por los indígenas. Las paredes simplemente blanqueadas y los techos de enormes vigas oscuras ofrecen un elegante contraste. En todas las habitaciones hay antiguos arcones repletos de leña para las chimeneas, que se encienden en cuanto cae el sol.

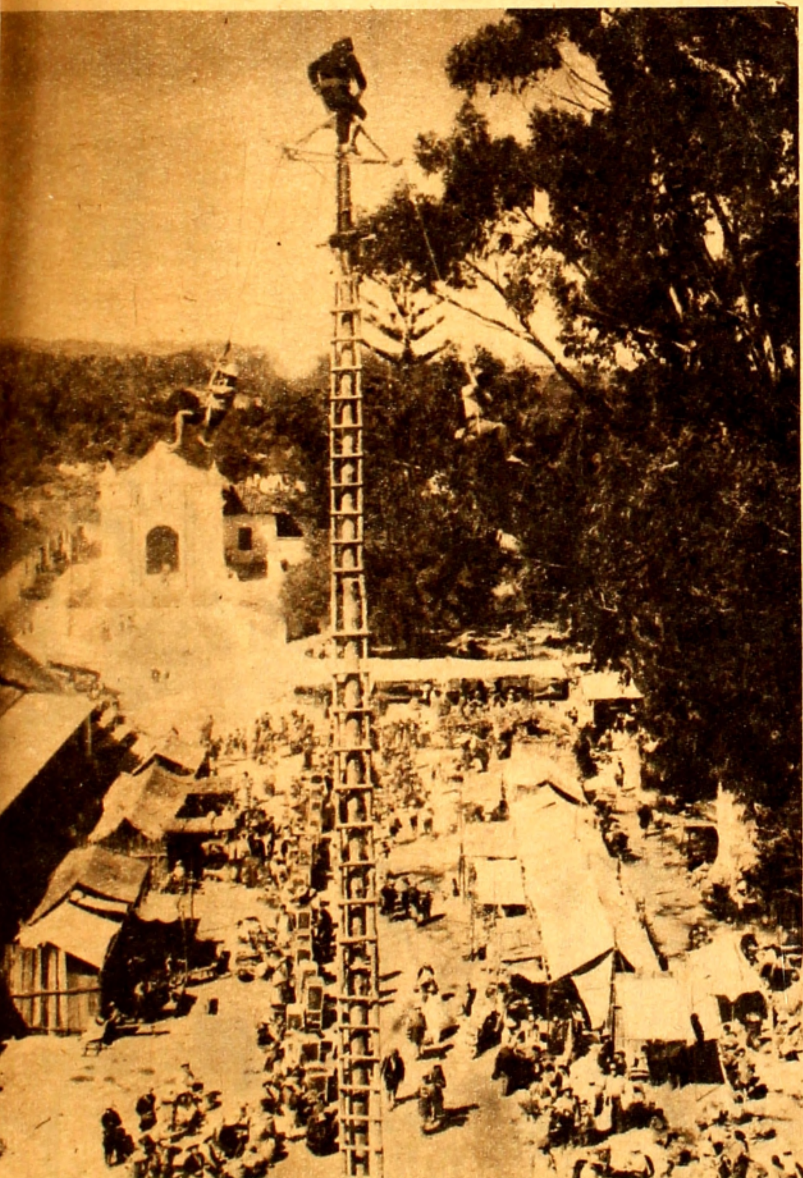
Bajamos de la montaña para visitar Antigua, la primera capital de Guatemala, destrozada por terremotos sucesivos, pero que conserva gran parte de su edificación colonial intacta. Pasamos debajo del hermoso arco de Santa Catalina y quedamos cautivados por las tranquilas calles de canto rodado, bordeadas de hermosas residencias coloniales con ventanas de rejas. Iglesias maravillosas, la Plaza Mayor con la Catedral a un lado y el suntuoso Palacio de los Capitanes Generales al otro. Ruinas colosales que yacen entre hermosos bosques y graciosas indias que caminan airosamente con cántaros en la cabeza.

Se oyen tambores y vemos pasar indígenas disfrazados de diablos. Además de las caretas y extrañas vestimentas, se adornan con unas pelucas de cáñamo que caen en cascadas de rulos violáceos, naranja y rojos. Hay también indias vestidas de ángeles que van a bailar con ellos el baile de los siete pecados y las siete virtudes. Inician la música con originales instrumentos, al borde de un cafetal de los tantos que rodean Antigua y se extienden hasta el infinito.

Y así se suceden las imágenes de ensueño ininterrumpidamente y nos prometemos volver a este país encantador, que nos ha subyugado de tal manera con sus bellezas naturales y el candor y originalidad de sus costumbres.

Perla ***BELLINI DE ALEMANN.***

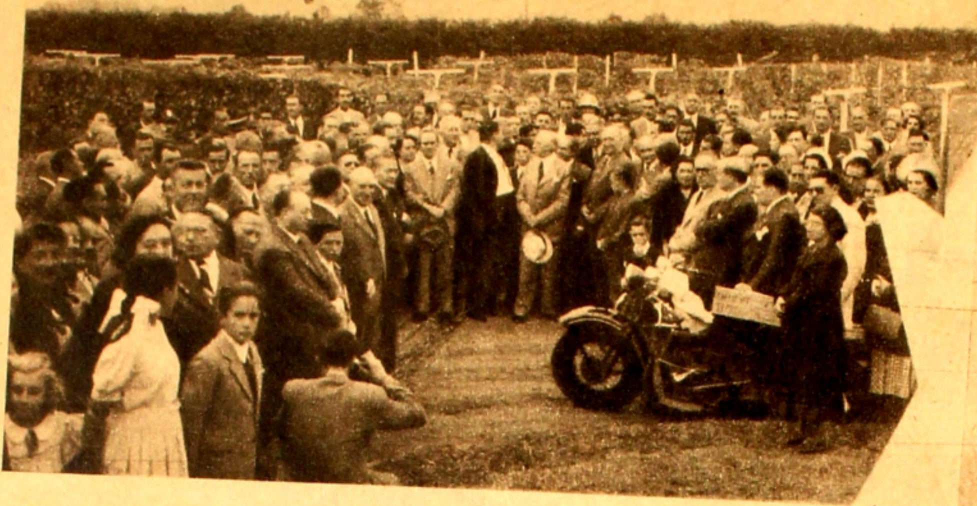
(Especial para EL DIA).



Indios descolgándose de un mástil sujetos por cuerdas, en una feria.



Mujeres indias tejiendo huipiles.





Inauguración de la Escuela de Enología 'Tomás Berreta', en El Colorado, acto al que asistió el Sr. Presidente de la República, don Andrés Martínez Trueba, autoridades nacionales y miembros de la Universidad del Trabajo, descubriéndose una placa al frente del edificio, con la efigie de don Tomás Berreta.





Dispensario móvil de la Lucha Antituberculosa en el cuartel del Cuerpo de Bomberos, donde se formalizó la ficha individual del personal.



Miembros del Círculo de Cronistas Deportivos del Uruguay, agasajaron al delegado del Club Danubio, Sr. Juan D. Nacelle Rusch, por su espíritu de amplia colaboración con la prensa.



Homenaje al Embajador de Haití a la transmisión del mando, Dr. Daniel Theard realizado en Casa Americanista en la que se ejecutaron algunas modalidades de nuestro folklore por el conjunto "Los Chamaquitos" y "Hermanos Citino".





Sra. Adelaida Puyol de García Méndez a la que sus ex alumnos rindieron homenaje.





Ex alumnos de la Escuela Mixta Nº 3, de Paso de los Toros, de las promociones de 1895-1907, rindieron un sentido homenaje a su maestra, Sra. Adelaida Puyol de García Méndez



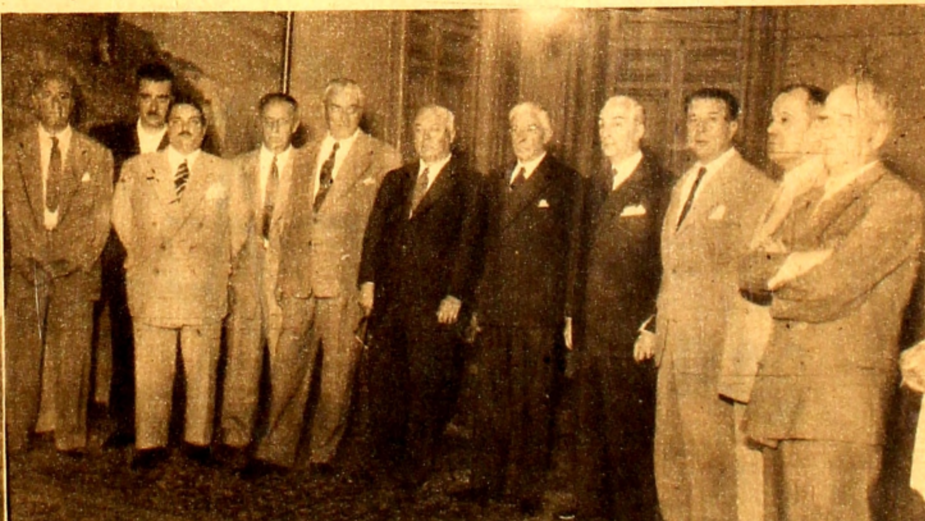
Distintos aspectos de la Fiesta del Caballo de Trabajo, realizada el domingo pasado en el Parque Rodó, organizada por la A. U. de Protección de los Animales.



La Asociación Uruguaya de Escritores concurrió al Ministerio de Instrucción Pública para agradecer, en la persona del Dr. J. A. Lorenzi, que fué el Ministro del anterior gobierno, el apoyo que prestó para la aprobación de la Ley de Remuneraciones Literarias.



El Presidente de la República, don Andrés Martínez Trueba, visitó el buque inglés "Superb", que condujo la delegación, y tropas de desembarco, a los actos de la transmisión del mando



Los administradores de los diarios montevideanos, en representación de la Asociación Gráfica del Uruguay, visitaron al Sr. Presidente de la República, don Andrés Martínez Trueba, al que expusieron las dificultades en que se está para el aprovisionamiento de papel en bobinas, estudiándose la manera de poder subsanarlas con la gestión oficial.

TORNEOS DE REMO EN LA PISTA DE MELILLA



Participantes en la prueba de falúas de la Marina, que dieron lugar a emotivas acciones.

NUEVAMENTE la actividad remera está alcanzando grandes resonancias en la cómoda pista oficial de Melilla, cuya amplitud aumenta, tanto para los corredores, como para el público, pues los trabajos que se vienen cumpliendo, con cierta pausa, están determinando un mejoramiento en la zona perteneciente al estadio del rem... Esta temporada las tradicionales competencias de carácter internacional no se llevaron a efecto más que en forma relativa, asumiendo desde luego el brillo de las tripulaciones de Río Grande del Sur, como también el más constante que le aportan los botes del interior.

De cualquier modo, lo interesante y alentador es que la hermosa pista del arroyo Melilla, próxima a la bar... del río Santa Lucía, recibe clara utilización, poniendo en evidencia el acierto de apoyar tan importante obr... una localidad que con sus bellezas naturales y las c... didades que irán desplegando las autoridades cons... un gran atractivo para el turismo.

En las recientes contiendas por las regatas ofi... surgió el empeño de nuestros clubes, también el es... dor de la amable fiesta



El ocho juniors del Club Aleman, que tuvo excelente debut.



El entusiasmo en torno a Miguel Seija... saludado por los adictos a su club, el Mon... tevideo Rowing.



M. Seijas, ganador de Edo. Risso, se perfila como brillante singlista.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

EN UN RAPIDO ATAQUE SALVAJE, LOS FIEROS MASAIS SALIERON DE SUS ESCONDITES SALTANDO SOBRE EL ENEMIGO. CON SUS LARGAS LANZAS SE ABRIERON PASO ENTRE LAS FILAS DE LOS DAGOMBAS.





